

F) ALZADO INTERIOR.

EL CUARTO TRASTERO (ANTIGUO OSARIO).

Comenzaremos la descripción del alzado interior por un espacio que, aunque actualmente es un simple trastero de aspecto irrelevante, conserva en su interior el único resto identificado de la primitiva iglesia románica: la ventana saetera integrada en el muro norte de la nave.

Resumiremos en primer lugar las hipótesis que, hasta el momento hemos planteado sobre el fragmento mural y la ventana, ampliando algunos datos.

En 1770 el cura que proyectó y ejecutó la reedificación de la iglesia, Santiago Liborio Calleja, hizo construir un osario al que posiblemente fueron trasladados, en la primera fase de las obras (1777-1780) los huesos provenientes del vaciado de “*la capilla mayor*” y del “*osario antiguo*”. Probablemente, el osario nuevo se construyó (en previsión de dicho traslado) para poder custodiar los restos en un lugar digno durante las obras. Tras las mismas, los huesos provenientes de la capilla mayor seguramente fueron trasladados a la nueva ubicación de la misma.

Resulta razonable pensar, por tanto, que el nuevo osario construido en 1770 se ubicó en la zona ocupada por el actual trastero, puesto que es ahí donde se conserva el único fragmento mural que sabemos, con seguridad, que no fue derribado ni sustituido durante las obras de reedificación.

Lo que también parece seguro es que el osario edificado en 1770 no fue sustituido hasta que concluyeron las obras de reedificación del resto de la iglesia. En 1786 se pagaron 99 reales por 1.500 tejas que se habían “*tomado en Figares para techar la osera que se va a hacer*”. En 1788, en la última fase de la reedificación, se llevó a cabo, efectivamente, la obra del “*cuarto y osera*” del pórtico, cuya ubicación se corresponde claramente con la del actual trastero. Se pagaron 13 reales y 16 maravedís por “*cuatro bisagras para la puerta y ventana del cuarto del pórtico y cerradura*” y diversos jornales por “*sacar piedra*”, “*por trabajar en el cuarto y osera*”, por serrar madera, por labrar cantería y “*por cubrir osera y cuarto*”. Podemos concluir, por tanto, que lo que se llevó a cabo fue una nueva edificación (o una reedificación) que pudo

sustituir a la construida provisionalmente en 1770, en el caso de que, como planteamos, se hubiese edificado en ese mismo lugar.

A partir de la inauguración del cementerio parroquial, en 1834, cesarían los enterramientos en el interior de la iglesia, con lo que el osario dejaría de tener utilidad, pasando a denominarse, en los años posteriores, *“la trastera”* o *“la trastería”*.

En 1847 se procedió a renovar la cubierta, abonándose las siguientes cantidades: 92 reales a Antonio Álvarez, de Quintana, por *“madera para cubrir la trastera”*; 55 reales a Juan Díaz, de Villarraba, por *“una castañal...para lo mismo”*; 88 reales *“de sierra al expresado Antonio Álvarez”*; 40 reales por *“42 carradas de teja para cubrir la trastera”*; 162 reales al carpintero Ramón Fernández, de Bulse (San Esteban de Doriga), y a *“su criado de San Esteban por cubrir la trastera y tillar la sacristía”*; 7 reales por *“retejar la trastera”*. En dichas obras se invirtieron 173 reales de las limosnas de San Antonio.

Finalmente, en 1938, se abonaron 92 reales *“por levantar el tejado de la trastería que se había hundido y tejas para el mismo y pontones”*.

Queda claro, por tanto, que **la cubierta actual** es la que se instaló en 1847 y se reparó en 1938. Presenta una sola vertiente y está sustentada por una armadura de madera en la que los cabios se tienden entre un durmiente adosado a la pared norte de la nave y un estribo que descansa sobre el muro norte del trastero; el durmiente apoya sobre tres toscos mensulones de madera y sobre la cúspide del muro del lado del pórtico, mientras que en el lado derecho su cabeza solamente queda arrimada al muro de la capilla de San Antonio. Esta estructura está reforzada por una correa cuyas cabezas se empotran en los muros de los lados cortos y que, en la parte central, va sostenida por un cuchillo formado por dos pares ensamblados a media madera, un tirante que se empotra en el muro norte de la nave y apoya en el del trastero, un pendolón y dos jabalcones. El chillado está formado por tablas de forma irregular y dispuestas de forma discontinua, dejando ver la teja a través de los amplios espacios que las separan.

El lamentable estado de conservación de la cubierta se está agravando a causa de las importantes filtraciones que registra, provocando la podredumbre de importantes elementos de su armadura de madera. Las citadas filtraciones están afectando particularmente al muro de la nave y a la ventana románica, por lo que convendría realizar algún tipo de actuación inmediata para evitar el deterioro de ambos elementos y el posible riesgo de que, como ocurrió en 1938, la cubierta se acabe desplomando. En el caso, muy probable, de que se opte por sustituir la cubierta convendría tener en cuenta

que la viga durmiente del muro de la nave, actualmente, está tapando la parte superior de la ventana románica. Teniendo en cuenta que a lo largo de la historia fueron varias las renovaciones y reparaciones que sufrió esta cubierta, quizás sería aconsejable proteger el encuentro del tejado y el muro mediante un babero sobresaliente.

El pavimento irregular de cemento, que presenta un rebaje para permitir el giro de la puerta, sustituyó, como vimos, al “*grijo*” con que se rellenó su suelo en 1966. Las paredes están parcialmente recubiertas por una **carga de cemento** que debió de aplicarse antes del año 1981, puesto que, para la apertura de las ventanas añadidas ese año, se rasgaron los muros ya cargados, como se puede apreciar en los bordes de las mismas. El borde superior de dicha carga es bastante irregular: en los muros de la nave y de la capilla de San Antonio sobrepasa la altura de los apoyos de la armadura de la cubierta, mientras que en los dos restantes se mantiene por debajo de ésta.

El muro del lado del pórtico presenta un remate triangular, adaptándose a la pendiente de la cubierta. En su parte central se abre la puerta, que presenta derrame interno, siendo el dintel de madera. Al tratarse de una pared adosada al muro original de la nave, en su unión se aprecia que su extremo derecho está simplemente arrimado a este último, sin que sus aparejos se encadenen, como ocurre en las esquinas formadas por dos muros levantados simultáneamente.

Esta circunstancia se traduce en una menor consistencia, lo que, sumado a los empujes provocados por la cubierta, seguramente influyó en la aparición de una grieta que surge del punto de apoyo de la correa y recorre el muro diagonalmente en dirección a la esquina derecha de la puerta, que se corresponde con el extremo izquierdo del dintel exterior que, como vimos, también presenta alguna grieta. La del muro parece seguir avanzando puesto que el cemento que se aplicó para repararla también aparece agrietado.

El ángulo izquierdo del triángulo que remata este muro, sobre el que apoya la cabeza de la viga durmiente del pórtico, también presenta importantes deterioros que fueron reparados con algunos bloques de hormigón que se aprecian a través de un boquete de gran tamaño. En esta zona también se sustituyó la mitad inferior de uno de los cabios.

El aparejo de este muro, que en el triángulo superior no está cubierto por la carga de cemento, presenta un aspecto muy diferente al del muro de la nave, en donde un enfoscado tradicional recubre casi por entero su aparejo. En el del muro de la puerta se combinan, de forma desordenada, la mampostería y el sillarejo, rellenándose los

intersticios con un mortero de aspecto similar al del cemento; quizás producto de algún repaso relativamente reciente.

El muro de la capilla de San Antonio presenta unas características muy diferentes al recién descrito. No se trata de un muro adaptado a la forma de la pendiente, si no de un muro rectangular, de mayor altura que la cubierta, al que aparece adosado el lateral del trastero. En este caso la carga de cemento nos impide conocer al grado de imbricación entre los muros; es decir, si el del trastero está solamente arrimado al de la capilla o si ambos están trabados mediante elementos comunes.

Justamente en esta esquina sobresalen del muro norte del trastero un par de sillarejos que parecen destinados a reforzar la unión externamente aunque no llegan a integrarse en el de la capilla. Más arriba (cerca ya de la techumbre), llaman la atención un par de tizones sobresalientes, cuya existencia podría tener diversas explicaciones, como, por ejemplo, que se trate del resto de un muro del anterior osario, que estaría algo retranqueado respecto al actual.

En el muro de la capilla la carga de cemento sobrepasa la altura del inicio de la armadura, conservándose en la parte superior un pequeño paño triangular que presenta un enfoscado similar al del muro de la nave, aunque de textura más rugosa y áspera, y de color algo terroso. En la esquina entre ambos paños el revoque de la capilla no llega a fundirse con el de la nave, apreciándose una pequeña separación semejante a la que vimos en el muro de la puerta, por lo que da la sensación de que también el muro de la capilla se arrimó al de la nave sin llegar a trabarse con el mismo.

En la parte inferior casi pasa desapercibido el zócalo de la capilla, debido a la carga de cemento y a la carencia del bisel de remate. Su existencia, carente de sentido en un espacio interior, parece un claro indicio de que cuando se construyó no tenía adosado ningún otro espacio, como ocurre en la actualidad.

En **la pared del lado norte** se abren las tres ventanas que ya estudiamos desde el exterior. La central presenta un simple recercado de cemento, mientras que las dos abiertas en 1981 resultan más discordantes aún que al exterior: al haber sido abiertas en la parte superior del muro y carecer de dintel al interior, aparentan ser dos almenas separadas por un merlón. Los mellados bordes del cemento nos indican que fueron rasgadas tras la aplicación de la carga.

La extraña configuración del remate superior del muro, que se interrumpe sin llegar a enlazar con la cubierta de madera, podría estar justificada por la existencia de un desván, cuyo tillado apoyaría sobre este muro. El osario edificado en 1770 contaba

con un desván, como se puede deducir, fácilmente, del siguiente apunte del libro de fábrica: 23 reales y 20 maravedís por “600 clavos de tillar y 100 pontones para desvanar”. Tampoco resultaría extraño que el “cuarto y osera” que le sustituyó en 1788 contara igualmente con un desván que permitiría disponer de dos espacios diferenciados para unas funciones tan opuestas como son almacenar trastos y custodiar restos. En los años posteriores a la inauguración del cementerio (1834), todo el espacio se convirtió en un simple trastero, cuya cubierta fue renovada por completo en 1847 y reparada de nuevo y levantada (tras su hundimiento) en 1938. Cualquiera de las dos ocasiones pudo haberse aprovechado para suprimir el tillado del desván, que también pudo haber sufrido daños por el desplome del año 1938.

Al estar las paredes cubiertas por la carga de cemento no es posible comprobar si, a una altura equivalente a la del muro que estamos analizando, se conservan los mechinales correspondientes a las cabezas de las vigas que sostendrían el entarimado.

El muro norte de la nave fue, muy probablemente, uno de los muros exteriores de la iglesia románica que precedió a la actual, aunque desconocemos si existió una iglesia intermedia (cronológicamente) entre ambas edificaciones. El convencimiento de que el muro también podría ser de época románica se obtiene, finalmente, observando la perfecta integración de la ventana en el mismo. Esto resulta más evidente en el borde derecho de la ventana, pues en el izquierdo la impresión es justamente la contraria: debido a algunas fracturas de los sillares y a los abundantes desconchados del enfoscado, aparenta haber sido incrustada en un muro de distinta época.

La ventana saetera está compuesta por siete sillares de piedra arenisca que presentan un despiece regular que, dentro de su sencillez, le aporta un componente de carácter decorativo o estético. La regularidad y la cuidada labra de estas piezas contrastan con la rusticidad del pequeño sillarejo que le sirve de alféizar, que posiblemente estuvo recubierto por el enfoscado.

Las jambas están compuestas por tres pares de sillares cuya altura va disminuyendo hacia la parte superior. Las dos piezas que componen cada par presentan características y dimensiones muy semejantes, resultando más regulares los bordes de las del lado derecho al estar delimitados y perfilados por el enfoscado. Va rematada por un dintel monolítico en cuyo borde inferior se labró un pequeño arco que coincide con la anchura de la saetera.

En su borde izquierdo, afectado por fracturas y desconchados del enfoscado, se aprecia una separación (de aspecto similar a una grieta) respecto del muro en el que está

entrega. Sin embargo, tanto en el borde derecho como en el inferior, los sillares están a paño con el muro y el enfoscado de éste los delimita con precisión penetrando hasta por los intersticios más finos.

Una vez que perdió su función de iluminación de la nave, al quedar cubierta por el tejado del osario, se procedió a cegarla mediante mampostería cohesionada con un mortero blanquecino, similar al enfoscado. Atisbando a través del hueco dejado por la desaparición de los mampuestos de la parte superior, nos parece intuir el característico derrame interno de este tipo de aspilleras. Por el lado interior de la nave fue completamente cegada y no se aprecia ningún indicio de su existencia. Convendría, por tanto, realizar una pequeña cata arqueológica por este lado para poder examinar el aspecto que presentaba al interior y, en caso de que tenga suficiente interés, estudiar la posibilidad de realizar un pequeño enmarque cajado que permita su contemplación.

La superficie de los sillares de arenisca presenta un aspecto algo desgastado, debido a su primitiva exposición a la intemperie, mientras que las actuales filtraciones del agua de lluvia están provocando la aparición de manchas de verdín en las piezas inferiores. En el borde de los sillares superiores del lado izquierdo se aprecian algunas fracturas, que revisten mayor gravedad en el caso del dintel. Es posible que hayan sido ocasionadas por la combadura de la viga durmiente y que estén relacionadas con la grieta que recorre el borde izquierdo de la ventana y parece prolongarse por debajo de la jamba, en donde se aprecia un discordante parche de cemento. En el lado derecho solamente se aprecian pequeñas melladuras en el borde superior del tercer sillar.

El enfoscado tradicional del muro, a la vista en la parte superior del mismo, no presenta un aspecto homogéneo en toda su extensión. En el extremo izquierdo se aprecia una cesura vertical entre dos tipos carga. En la parte situada a la derecha de esa línea divisoria (en la que está integrada la ventana) el enfoscado, de color blanquecino, parece algo más sobresaliente, aunque en algunos puntos deja al descubierto el aparejo, predominantemente conformado por mampostería y sillarejo de color oscuro y de bordes aparentemente desgastados por la prolongada acción de la intemperie. En el pequeño paño del extremo izquierdo del muro, el enfoscado es de color terroso y recubre, de forma más homogénea y casi por completo, el aparejo.

No se puede descartar que las diferencias que acabamos de señalar se deban a las filtraciones del agua que al arroyar por las paredes podrían haber modificado el aspecto del enfoscado, como ocurre en la pared meridional del presbiterio, en donde también se

aprecia una línea vertical irregular (coincidente con el punto donde termina el canalón) que separa la parte mejor conservada de la carga de la más deteriorada.

Pero, en el caso del trastero, se producen otras coincidencias que parecen apuntar a la posibilidad de que las diferencias indicadas sean de carácter estructural. En los dos tramos del muro que estamos estudiando se conservan sendos mechinales que presentan diferentes características. El del extremo izquierdo se asemeja a otro abierto en el muro contiguo (el de la puerta) y situado a la misma altura. El del paño de la ventana se abrió a mayor altura, es de menor tamaño y presenta un tosco recercado de sillarejos.

Sin embargo, la coincidencia mas llamativa no resulta apreciable desde el interior del trastero, pues es la que se produce entre las alteraciones señaladas en esta parte de la pared y el extraño abultamiento que aparece en la otra cara del muro, al interior de la nave. Dicho engrosamiento, localizado en el encuentro entre el muro norte y el de los pies, podría estar relacionado, como vimos, con alguna desaparecida estructura de una etapa anterior. Podría tratarse, por ejemplo, de un resto del muro transversal en el que se abriría el arco de triunfo románico que comunicaría la nave con el presbiterio.

De todos modos, como ya advertimos en su momento, las posibles explicaciones de la existencia de ese singular engrosamiento son muy diversas. Los elementos con que contamos para interpretar estos escasos y desconcertantes restos del pasado son poco elocuentes y se precisaría el apoyo de otro tipo de disciplinas (arqueología o petrología) para poder descifrarlos.